

LA ESCALA DE JACOB Y LA ESCALA DE LA HUMILDAD³⁷

(*Del Génesis a la Regla de san Benito*)

El capítulo *De la humildad*, insólitamente largo, aparece a primera vista como el más importante de la Regla de monjes. Concluyendo la exposición espiritual que llena las páginas precedentes. Benito recapitula visiblemente, en este capítulo VII, los tratados *De la obediencia* y *Del silencio* que acaba de escribir. Y encierra esta síntesis en la imagen grandiosa de una escala que va de la tierra al cielo, símbolo del alma humana en su ascensión hacia Dios.

Doce grados jalonan esta subida. El primero y el último se relacionan manifiestamente. En ellos el hombre se encuentra solo frente a Dios, en un “temor” continuo que lo obliga, en primer lugar, a luchar contra todo pecado bajo la mirada divina, y luego le hace considerar las faltas cometidas como si hubiera llegado la última hora y fuera a ser juzgado por ellas.

Entre estas dos visiones del Señor, diez grados describen las relaciones del monje humilde con los hombres. Se resumen en tres actitudes: obediencia, abajamiento, silencio. En primer lugar, como Cristo, el monje renuncia a su voluntad propia y “obedece hasta la muerte”, con una paciencia inspirada por la esperanza y el amor. Luego se abaja por la humilde confesión de sus faltas, la aceptación de cualquier clase de trato, el reconocimiento de su propia indignidad en el fondo de su corazón, la discreción que evita toda singularidad. Finalmente se calla, espera ser interrogado para tomar la palabra, evita la risa, habla poco y en voz baja cuando debe hacerlo.

El término de este itinerario es el amor. La “caridad perfecta”, al “expulsar el temor”, como dice el Apóstol (*1 Jn 4,18*), permite cumplir la voluntad divina con soltura y complacencia. Estamos lejos del primer grado -e incluso del doceavo-, en los que dominaban los sentimientos de temor. El bien, no es ya impuesto forzosamente, sino que es amado por sí mismo, en un corazón purificado donde actúa el Espíritu Santo.

Benito tomó la idea -él mismo lo dice- de esta escala que sube de la tierra al cielo, del temor al amor, de la visión nocturna de Jacob. Pero esta referencia al episodio del Génesis, no debe disimularnos la profunda transformación que sufre ese símbolo al pasar a la Regla de monjes.

En el sueño bíblico, la escala significaba la presencia de Dios, revelada repentinamente en un lugar donde nada hacía sospechar que Él se encontraba. Entre el cielo donde mora Dios y la tierra habitada por los hombres, se había tendido un puente, se establecía una comunicación cuyos agentes eran los ángeles que subían y bajaban. Y, como sucede tan a menudo en la Biblia, la imagen visual se duplicaba con un mensaje verbal. Jacob oía a Dios que le hacía una promesa -“La tierra sobre la que estás acostado, te la daré a ti y a tu descendencia”, y él respondía con un voto: el lugar donde se le había revelado la presencia misteriosa, se convertiría en una casa de Dios.

La escala, signo de la presencia de Dios para Jacob, se transforma en Benito en un camino hacia Dios. Con una audacia inaudita, el hombre penetra en este puente entre tierra y cielo por donde, según el relato bíblico, pasaban solamente los ángeles. Dios ya no está solamente en

³⁷ De *Ecoute*, N° 257, noviembre 1979. Tradujo: Hna. Ma. Isabel Guiroy, osb. Monasterio Gozo de María, Córdoba - Argentina.

comunicación con el hombre, mientras cada uno permanece en su ribera lejana, a ambos lados de un abismo. Ahora se trata de un encuentro: el hombre es invitado a subir y a entrar en Dios.

¿Quién ha lanzado esta asombrosa invitación? Si Benito se anima a hacerla repercutir, es porque Cristo, Dios hecho hombre, la ha hecho resonar primero. El capítulo *De la humildad* comienza con el llamado del Evangelio: “El que se abaja será elevado” (*Lc 14,11*). En la boca de Aquel que descendió del cielo y subió a los cielos, esta “elevación” sólo puede significar la subida al lugar donde El mismo ha retornado. Así como El está sentado a la derecha de Dios, pondrá a su derecha a los benditos de su Padre. Toda la esperanza cristiana de la divinización, de la gloria, de la vida eterna, se lee en esta promesa de ser “elevado”.

Por lo tanto es Cristo quien ha hecho de la escala un pasaje para los hombres. Mejor dicho: la escala, el pasaje no es sino El mismo, ya que se define como “el camino” (*Jn 14,4-6*). Pero esto Benito no lo dice, y hay que dejar a un Jerónimo, a un Cromacio, a un Zenón, a un Cesáreo, la tarea de descubrir la, figura de Cristo y de su cruz en la escala de Jacob.,

En cambio, lo que Benito ha percibido con fuerza y originalidad, es que la ascensión de la escala, a la que está llamado todo cristiano, sólo puede realizarse por la humildad. Por ella se sube en la medida en que uno se abaja. Cristo lo ha dicho y lo ha probado con su ejemplo: “El que se abaja será elevado” es el resumen de su propio destino, tal como lo ha cantado san Pablo (*Flp 2,5-11*).

Esta paradoja evangélica del abajamiento que hace subir, permite a Benito unificar su programa de ascensión. Mientras que otros padres enumeran un poco al azar una serie de virtudes inconexas que constituyen otros tantos grados que se deben recorrer, la Regla de monjes propone un itinerario coherente, cuyos doce escalones son otras tantas etapas de un mismo movimiento de abajamiento.

Otro hecho distintivo de la escala benedictina es el de partir del temor y llegar a la caridad. Ciertamente, este punto de partida y este término son familiares al pensamiento cristiano alimentado con la Escritura; pero ¿en qué otra parte encontramos su conjunción con el símbolo de la escala?

Por otra parte, esta alianza tiene en Benito una singular consecuencia: se diría que a sus ojos no hay nada que supere a la caridad perfecta aquí abajo, ni otro cielo más que complacerse en Dios en la tierra, ni otra realización más que la del amor ya desde nuestro momento presente. En el preámbulo del capítulo, afirma en dos oportunidades que el punto de llegada de la escala es “el cielo”. Pero una vez que ha propuesto el doceavo y último grado, parece olvidar ese término “celestes” y escatológico: la única corona que presenta es la de hacer el bien por Dios en este mundo, con amor y alegría.

No por eso, por supuesto, pierde Benito de vista el fin último y eterno del hombre. El Prólogo de la Regla está dominado por este pensamiento. El epílogo interpela a “cualquiera que se apresura a la patria celestial”. Aquí mismo, el primer grado de humildad ha evocado poderosamente los novísimos y el doceavo no es más que la obsesión del “temible juicio de Dios”, que se ha tornado casi presente. No hay entonces nada en común entre esta espiritualidad ardientemente dirigida al más allá y una cierta indiferencia con respecto a las realidades últimas, que a veces llega hasta su negación formal y que demasiado a menudo encontramos entre los que se dicen cristianos.

Pero dicho esto, Benito se interesa también, y muy ardientemente, por la plenificación espiritual del hombre ya desde esta vida. Podríamos presentar otras pruebas de esto, tomadas del final del Prólogo o del admirable capítulo sobre la Cuaresma. Pero la que aquí encontramos nos parece suficiente. Antes de llegar al “cielo” como en la visión de Jacob, la

escala desemboca en un rellano terrestre; y esta primera cima de la “caridad” vivida en “perfección” desde esta tierra, es ya para Benito tan bella, tan importante, tan rica en felicidad, que no le importa seguir adelante y aquí se detiene, como un viajero que ha llegado a destino.

La interpretación benedictina de la escala tiene todavía otra particularidad: los dos lados de la escala, dice la Regla, son “nuestro cuerpo y nuestra alma”. Muchos intérpretes no consideraron este detalle. Otros, como Zenón de Verona, vieron en él a los dos Testamentos. Para Benito, se trata de los dos componentes de la naturaleza humana, de modo que el hombre sube al cielo con todo su ser. Algunos “grados” de la escala, como por ejemplo el primero, son más bien interiores y espirituales. Otros, como los últimos, insisten más en los elementos físicos. Pero todos hacen intervenir simultáneamente al corazón y al cuerpo. “Por nuestros actos subimos”; y no se puede actuar sin poner en movimiento a la carne misma.

A partir de aquí nos quedamos tranquilos: esta subida al cielo no es un escapismo puramente ideal; esta ascensión sublime no es un simple vuelo especulativo lejos de la materia; esta imitación de los ángeles no es un fácil angelismo de la imaginación. Aunque suben la escala como los mensajeros divinos, los hombres siguen siendo hombres que arrastran una carne tan pesada como la que estuvo suspendida en la cruz. Cristo subió al Padre también con su cuerpo. Detrás de Él, el cristiano trabaja y se fatiga con toda su naturaleza en esta subida. La más alta espiritualidad es la que se encarna más concretamente en actos, en observancias, en comportamientos.

En esta interpretación transformante del símbolo bíblico ¿qué sucede con el mensaje central del Génesis, es decir, la revelación de la presencia divina en el lugar donde dormía Jacob? Esta presencia no ha desaparecido, muy por el contrario, pero ya no es más la escala entera que la simboliza: uno de los grados, el primero, recibe esta función y ¡con qué amplitud la cumple! Este primer grado, tan largo y complejo como los diez siguientes juntos, es un amplio cuadro de las relaciones del hombre con Dios, que precede al de sus relaciones con los hombres. Y este cuadro está centrado en la *presencia*.

“Sepa el hombre que Dios le está mirando a todas horas desde los cielos, y que la mirada de la divinidad ve en todas partes sus acciones y que los ángeles le dan cuenta de ellas a cada instante”. La presencia divina entonces, ya no se revela más en un lugar particular, en un punto sagrado que por una promesa está destinado a convertirse en una “casa de Dios”. En todas partes se siente, se sabe el monje seguido por la mirada divina. De este modo, la conciencia del Dios presente se amplía inmensamente. Betel, “casa de Dios”, que es en primer lugar el nombre del monasterio, puede decirse también del universo.

La misma dilatación sin medida se observa en el terreno del tiempo. Jacob vio el cielo abierto y percibió a Dios presente una vez, una noche, el tiempo que duró un sueño. Al monje se le pide mucho más: que piense en esta presencia cada noche y cada día, continuamente. Por lo tanto, todo monje está llamado a ser sin cesar ese visionario que fue Jacob por un instante. Todo monje que abraza la escala deviene un “soñador” permanente, un vidente de la presencia de Dios en todos lados y siempre.

Esta fe en el Dios que nos mira llega a su “maximum”, dice Benito, “cuando asistimos al oficio divino” (cap. XIX). Pero se trata aquí del tiempo fuerte de una atención que debe ser sin descanso. La salmodia del oficio nos recuerda “de qué manera hemos de asistir ante la presencia de la Divinidad y de sus ángeles”, para renovar, en un momento de libertad completa, el don ininterrumpido del espíritu a Aquel que debemos amar con todo nuestro corazón, es decir, con todo nuestro tiempo.

Podríamos recoger además, en este primer grado de humildad, los ecos del diálogo de Dios con Jacob, de la promesa divina y del voto del hombre. Contentémonos con poner de relieve

dos menciones acerca de los ángeles. Estos, dice Benito, “anuncian noche y día nuestras obras al Señor”. Benito, al desarrollar así el dato del relato bíblico en la línea de las revelaciones ulteriores, ve en los ángeles a los investigadores que preparan el juicio.

Esta es una perspectiva capital. Para el cristiano, el cumplimiento de las promesas divinas en la eternidad está supeditado a un juicio que debe ser pronunciado sobre sus actos. La mirada divina, repleta de una condescendencia infinita que Jacob no podía ni imaginar, sondea nuestros corazones e interroga nuestra libertad. La respuesta de esta última, cuyos mensajeros son los ángeles, nos acerca o nos aleja, de instante en instante, de la tierra prometida.

Sainte Marie de la Pierre-Qui-Vire
Francia